

le asistieran, y trataría de allegar medios de obtener sentencia favorable!... Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos consta con incertidumbre que muy en breve, en el momento menos pensado, se ha de fallar la causa del mayor negocio que tenemos, es, a saber, del negocio de nuestra salvación eterna..., ¿y aún perdemos tiempo?

Quizá diga alguno: «Yo soy joven ahora; más tarde me convertiré a Dios.» Pues sabed—respondo—que el Señor maldijo aquella higuera que halló sin frutos, *aunque no era tiempo de tenerlos*, como lo hace notar el Evangelio (Mr., 11, 13)

Con lo cual Jesucristo quiso darnos a entender que el hombre en todo tiempo, hasta en el de la juventud, debe producir frutos de buenas obras; de otro modo será maldito y no dará frutos en lo por venir. *Nunca jamás coma ya nadie de ti* (Mr., 11, 14). Así dijo a aquel árbol el Redentor, y así maldice a quien Él llama y le resiste...

¡Cosa digna de admiración. Al demonio le parece breve el tiempo de nuestra vida, y no pierde ocasión de tentarnos. *Descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo* (Ap., 12, 12). ¡De suerte que el enemigo no desaprovecha ni un instante para perdernos, y nosotros no aprovechamos el tiempo para salvarnos!

Otro preguntará: «¿Qué mal hago yo?...» ¡Oh Dios mío! ¿Y no es ya un mal perder el tiempo en juegos o conversaciones inútiles, que de nada sirven a nuestra alma? ¿Acaso nos da Dios ese tiempo para que así le perdamos? No, dice el Espíritu Santo; *la partecita de un buen don no se te pase* (Ecl., 14, 14). Aquellos operarios de que habla San Mateo no hacían cosa alguna mala; solamente perdían el tiempo, y por ello les reprendió el dueño de la viña: *¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos?* (Mt., 20, 6).

En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. Todo tiempo que no se emplea por

Dios es tiempo perdido (6). Y el Señor nos dice (*Ecl.*, 9, 10): *Cualquier cosa que pueda hacer tu mano, óbrala con instancia; porque ni obra, ni razón de sabiduría, ni ciencia, habrá en el sepulcro, adonde caminas aprisa.*

La venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, hija de Santa Teresa, decía que en la vida de los Santos no hay día de mañana; que solamente la hay en la vida de los pecadores, pues siempre dicen: «Luego, luego», y así llegan a la muerte. *He aquí ahora el tiempo favorable* (2 *Cor.*, 6, 2). *Si hoy oyereis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones* (*Sal.* 94, 8). Hoy Dios te llama para el bien; hazle hoy mismo, pues mañana quizá no sea ya tiempo, o Dios no te llamará.

Y si, por desgracia, en la vida pasada has empleado el tiempo en ofender a Dios, procura llorarlo en el resto de tu vida mortal, como se propuso el rey Ezequías: *Repasaré delante de ti todos mis años con amargura de mi alma* (*Is.*, 38, 15).

Dios te prolonga la vida para que repares el tiempo perdido: *Redimiendo el tiempo, porque los días son malos* (*Ef.*, 5, 16); o bien, según comenta San Anselmo: «Recuperarás el tiempo si haces lo que descuidaste hacer».

San Jerónimo dice de San Pablo, que, aunque era el último de los Apóstoles, fué el primero en méritos por lo que hizo después de su vocación (7).

Consideremos siquiera que en cada instante podemos granjear mayor acopio de bienes eternos. Si nos concediesen tanto terreno como caminando en un día pudiéramos rodear, o tanto dinero como alcanzásemos a contar en un día, ¡con cuánta prisa procederíamos! Pues si podemos en un momento adquirir eternos tesoros, ¿por qué hemos de malgastar el tiempo? Lo que hoy puedas hacer,

(6) S. Bern., Coll. 1, c. 8.

(7) Paulus novissimus in ordine, primus in meritis, quia plus omnibus laboravit.

no digas que lo harás mañana, porque el día de hoy le habrás perdido y no volverá más.

Cuando San Francisco de Borja oía hablar de cosas mundanas, elevaba a Dios el corazón con santos afectos, de suerte que si le preguntaban luego su sentir acerca de lo que se había dicho, no sabía qué responder. Reprendiéronle por ello, y contestó que antes prefería parecer hombre de rudo ingenio que perder el tiempo vanamente (8).

AFECTOS Y SÚPLICAS

No, Dios mío; no quiero perder el tiempo que me habéis concedido por vuestra misericordia... He merecido verme en el infierno, gimiendo sin esperanza. Os doy, pues, fervorosas gracias por haberme conservado la vida. Deseo, en los días que me restan, vivir sólo para Vos.

Si estuviese en el infierno, lloraría desesperado y sin fruto. Ahora lloraré las ofensas que os hice, y llorándolas, sé de cierto que me perdonaréis, como lo asegura el Profeta (*Is.*, 30, 19). En el infierno me sería imposible amaros; ahora os amo y espero que siempre os amaré. En el infierno jamás podría pedir vuestra gracia; ahora oigo que decís: *Pedid y recibiréis* (*Jn.*, 16, 24).

Y puesto que aún me hallo en tiempo útil para pedir os gracias, dos voy a demandaros: ¡oh Dios mío!, concededme la perseverancia en vuestro santo servicio, dadme vuestro amor, y luego haced de mí lo que quisierais. Haced que en todos los instantes de mi vida me encomiende siempre a Vos, diciendo: «Ayudadme, Señor... Señor, tener piedad de mí; haced que no os ofenda; haced que os ame...»

¡Virgen Santísima y Madre mía, alcanzadme la gracia de que siempre me encomiende a Dios y le pida su santo amor y la perseverancia!

(8) Malo rudis vocari, quam temporis iacturam pati.

CONSIDERACION 12

Importancia de la salvación

Rogamus autem vos fratres... ut vestrum negotium agatis.

Mas os rogamos, hermanos..., que hagáis vuestra hacienda.

Ts., 4, 10-11.

PUNTO 1

El negocio de la eterna salvación es, sin duda, para nosotros el más importante, y, con todo, es el que más a menudo olvidan los cristianos. No hay diligencia que no se practique ni tiempo que no se aproveche para obtener algún cargo, o ganar un pleito, o concertar un matrimonio... ¡Cuántos consejos, cuántas precauciones se toman! ¡No se come, no se duerme!...

Y para alcanzar la salvación eterna, ¿qué se hace y cómo se vive?... Nada suele hacerse; antes bien, todo lo que se hace es para perderla, y la mayoría de los cristianos viven como si la muerte, el juicio, el infierno, la gloria y la eternidad no fuesen verdades de fe, sino fabulosas invenciones poéticas.

¡Cuánta aflicción si se pierde un pleito o se estropea la cosecha, y cuánto cuidado para reparar el daño!... Si se extravía un caballo o un perro doméstico, ¡qué de afanes para encontrarlos! Pero muchos pierden la gracia de Dios, y, sin embargo, ¡duermen, se ríen y huelgan!... ¡Rara cosa, por cierto!

No hay quien no se avergüence de que le llamen negligente en los asuntos del mundo, y a nadie, por lo común, causa rubor el olvidar el gran negocio de la salvación, que más que todo importa. Lllaman ellos mismos sabios a los Santos porque atendieron exclusivamente a salvarse, y ellos atienden a todas las cosas de la tierra, y nada a sus almas. «Mas vosotros—dice San Pablo—, vosotros, hermanos míos, pensad sólo en el magno asunto de vuestra salvación, que es el de más alta importancia» (1).

Persuadámanos, pues, de que la salud y felicidad eterna es para nosotros el negocio *más importante*, el negocio *único*, el negocio *irreparable* si nos engañamos en él.

Es, sin disputa, el negocio *más importante*. Porque es el de mayor consecuencia, puesto que se trata del alma, y perdiéndose el alma, todo se pierde. «Debemos estimar el alma—dice San Juan Crisóstomo—como el más precioso de todos los bienes» (2). Y para conocerlo, bástenos saber que Dios entregó a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestras almas (Jn., 3, 16). El Verbo Eterno no vaciló en comprarlas con su propia Sangre (1 Co., 6, 20).

De tal suerte, dice un Santo Padre, que no parece sino que el hombre vale tanto cuanto vale Dios (3). Por eso dijo Nuestro Señor Jesucristo (Mt., 16, 26): *¿Qué cambio dará el hombre por su alma?* Si el alma, pues, vale tan alto precio, ¿por cuál bien del mundo podrá cambiarla el hombre perdiéndola?

Razón tenía San Felipe Neri al llamar loco al hombre que no atiende a salvar su alma. Si hubiese en la tierra hombres mortales y hombres inmortales, y aquéllos viesen que los segundos se aplicaban afanosamente a las cosas del mundo, buscando honores, riquezas y placeres terrenales, sin duda les dirían: «¡Cuán locos sois! Pudierais adquirir bienes eternos, y no pensáis más que en esas cosas miserables y deleznales, y por ellas os condenaréis a

(1) Rogamus vos... ut vestrum negotium agatis.

(2) Anima est toto mundo pretiosior.

(3) Tam pretioso munere humana redemptio agitur ut homo Deum valere videatur.

dolor perdurable en la otra vida!... ¡Dejadlas, pues, que en esos bienes sólo deben pensar los desventurados que, como nosotros, saben que todo se les acaba con la muerte!...» ¡Pero no es así, que todos somos inmortales!...

¿Cómo habrá, por tanto, quien por los miserables placeres de la tierra pierda su alma?... ¿Cómo puede ser—dice Salviano—que los cristianos crean en el juicio, en el infierno y en la eternidad y vivan sin temor? (4).

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Dios mío! ¿En qué he invertido tantos años de vida que me concedisteis con el fin de que me procurase la salvación eterna?... Vos, Redentor mío, comprasteis mi alma con vuestra Sangre y me la disteis para que la salvase; mas yo sólo he atendido a perderla, ofendiéndolos a Vos, que tanto me habéis amado.

De todo corazón os agradezco que todavía me deis tiempo de remediar el mal que hice. Perdí el alma y vuestra santa gracia; me arrepiento, Señor, y aborrezco de veras mis pecados. Perdonadme, pues, que yo resuelvo firmemente preferir en lo sucesivo perderlo todo, hasta la misma vida, antes que perder vuestra amistad. Os amo sobre todas las cosas y propongo amaros siempre, ¡oh Bien Sumo, digno de infinito amor!

Ayudadme, Jesús mío, para que ésta mi resolución no sea como mis propósitos pasados, que fueron otras tantas traiciones. Hacedme morir antes que vuelva a ofenderos y a dejar de amaros...

¡Oh María, mi esperanza, salvadme Vos, obteniendo para mí el don de la perseverancia!

(4) Quid causae est quod christianus, si futura credit, futura non timeat?

PUNTO 2

La eterna salvación, no sólo es el más importante, sino el *único negocio que tenemos en esta vida* (Lc., 10, 42). San Bernardo lamenta la ceguedad de los cristianos que, calificando de juegos pueriles a ciertos pasatiempos de la niñez, llaman negocios a asuntos mundanos (5). Mayores locuras son las necias puerilidades de los hombres. «¿Qué aprovecha al hombre—dice el Señor (Mt., 16, 26)—si ganare todo el mundo y perdiere su alma?»

Si tú te salvas, hermano mío, nada importa que en el mundo hayas sido pobre, afligido y despreciado. Salvándote se acabarán los males y serás dichoso por toda la eternidad. Mas si te engañas y te condenas, ¿de qué te servirá en el infierno haber disfrutado de cuantos placeres hay en la tierra, y haber sido rico y respetado? Perdida el alma, todo se pierde: honores, divertimientos y riquezas.

¿Qué responderás a Jesucristo en el día del juicio? Si un rey enviase a una gran ciudad un embajador para tratar de algún gran negocio, y ese enviado, en vez de dedicarse allí al asunto de que ha sido encargado, sólo pensara en banquetes, comedias y espectáculos, y por ello la negociación fracasara, ¿qué cuenta podría dar luego al rey? Pues, ¡oh Dios mío!, ¿qué cuenta habrá de dar al Señor en el día del juicio quien puesto en este mundo, no para divertirse, ni enriquecerse, ni alcanzar honras, sino para salvar el alma, a todo, menos a su alma, hubiere atendido?

Sólo en lo presente piensan los mundanos, no en lo futuro. Hablando en Roma una vez San Felipe Neri con un joven de talento, llamado Francisco Nazzera, le dijo así: «Tú, hijo mío, tendrás brillante fortuna: serás buen abogado; prelado después; luego, quizá Cardenal, y tal vez Pontífice; pero ¿y después?, ¿y después?» «Vamos—díjole al fin—, piensa en estas últimas palabras.» Fuése

(5) Nugae puerorum, nugae vocantur, nugae maiorum, negotia vocantur.

Francisco a casa, y meditando en aquellas palabras: ¿y después?, ¿y después?, abandonó los negocios terrenos, apartóse del mundo y entró en la misma Congregación de San Felipe Neri, para no ocuparse más que en servir a Dios.

Tal es el *único* negocio, porque sólo un alma tenemos. Requirió cierto príncipe a Benedicto XII para que le concediese una gracia que no podía, sin pecado, ser otorgada. Y el Papa respondió al embajador: «Decid a vuestro príncipe que si yo tuviese dos almas, podría perder una por él y reservarme la otra para mí; pero como no tengo más que una, no quiero perderla.»

San Francisco Javier decía que no hay en el mundo más que un solo bien y un solo mal. El único bien, salvarse; condenarse, el único mal.

La misma verdad exponía a sus monjas Santa Teresa, diciéndolas: «Hermanas mías, hay un alma y una eternidad»; esto es: hay *un* alma, y perdida ésta, todo se pierde; hay *una* eternidad, y el alma, una vez perdida, para siempre lo está.» Por eso rogaba David a Dios, y decía (*Sal.* 26, 4): *Una sola cosa, Señor, os pido: salvad mi alma y nada más quiero.*)

Con temor y con temblor obrad vuestra salud (*Fil.*, 2, 12). Quien no tiembla ni teme perderse, no se salvará. De suerte que, para salvarse, menester es trabajar y hacerse violencia (*Mt.*, 11, 12). Para alcanzar la salvación, preciso es que, en la hora de la muerte, aparezca nuestra vida semejante a la de Nuestro Señor Jesucristo (*Ro.*, 8, 29). Y para ello debemos esforzarnos en huir de las ocasiones de pecar, y además valernos de los medios necesarios para obtener la salvación.

«No se dará el reino a los vagabundos—dice San Bernardo—, sino a los que hubieren dignamente trabajado en el servicio de Dios.» Todos querrían salvarse sin trabajo alguno. «El demonio—dice San Agustín—trabaja sin reposo para perdernos, ¿y tú, tratándose de tu bien o de tu mal perdurable, tanto te descuidas?» (6).

(6) Vigilat hostis, dormis tu.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¡Cuánto os agradezco el que hayáis permitido que me halle ahora a vuestros pies y no en el infierno, que tantas veces he merecido!

Mas ¿de qué me serviría la vida que me habéis conservado si yo continuase viviendo privado de vuestra gracia?... ¡Ah, nunca más sea así! Me he apartado de Vos, y os he perdido, ¡oh mi Sumo Bien!... Pero me arrepiento de todo corazón... ¡Ojalá hubiese muerto antes mil veces!

Os perdí, mas vuestro Profeta me asegura que sois todo bondad y que os dejáis hallar por las almas que os buscan. Si en lo pasado huí de Vos, ¡oh Rey de mi alma!, ahora os busco... A Vos sólo busco, Señor. Os amo con todo mi afecto. Acogedme, y no os desdengéis de que os ame este corazón que en otro tiempo os despreció. *Enseñadme lo que debo hacer para complaceros* (Sal. 142, 10), que yo desee ponerlo por obra.

¡Ah Jesús mío!, salvad esta alma que redimisteis con vuestra vida y vuestra Sangre. Dadme la gracia de amaros siempre en esta vida y en la otra. Así lo espero por vuestros merecimientos infinitos.

Y también, María Santísima, por vuestra poderosa intercesión.

PUNTO 3

Negocio importante, negocio único, negocio irreparable. «No hay error que pueda compararse—dice San Eusebio—al error de descuidar la eterna salvación» (7). Todos los demás errores pueden tener remedio. Si se pierde la hacienda, posible es recobrarla por nuevos trabajos. Si se pierde un cargo, puede ser recuperado otra vez. Aun perdiendo la vida, si uno se salva, todo se remedió.

(7) Sane supra omnem errorem est disimulare negotium aeternae salutis

Mas para quien se condena no hay posibilidad de remedio. Una vez sólo se muere; una vez perdida el alma, perdióse para siempre (8). No queda más que el eterno llanto con los demás míseros insensatos del infierno, cuya pena y tormento mayor será el considerar que para ellos no hay tiempo ya de remediar su desdicha (*Jer.*, 8, 20).

Preguntad a aquellos *prudentes* siervos del mundo, sumergidos ahora en el fuego infernal, preguntadles lo que sienten y piensan, si se regocijan de haber labrado su fortuna en la tierra, aun cuando se hallen condenados en la eterna prisión. Oíd cómo gimen, diciendo: *Erramos, pues...* (*Sb.*, 5, 6). Mas, ¿de qué les sirve conocer su error cuando ya la condenación para siempre es irremediable?

¿Qué pesar no sentiría en este mundo el que, habiendo podido prevenir y evitar con poco trabajo la ruina de su casa, la viera un día derribada y considerase su propio descuido cuando no tuviera ya remedio posible?

Tal es la mayor aflicción de los condenados: pensar que han perdido su alma y se han condenado por culpa suya (*Os.*, 13, 9). Dice Santa Teresa que si alguno pierde por su culpa un vestido, un anillo, una fruslería, pierde la paz y, a veces, ni come ni duerme.

¡Cuál será, pues, oh Dios mío, la angustia del condenado cuando, al entrar en el infierno y verse ya sepultado en aquella cárcel de tormentos, piense en su desdicha y considere que no ha de hallar en toda la eternidad remedio alguno! Sin duda, exclamará: «Perdí el alma y la gloria; perdí a Dios, lo perdí todo para siempre, ¿y por qué?, ¡por culpa mía!»

Y si alguno dijere: «Mas, aunque cometa este pecado, ¿por qué me he de condenar?... ¿Acaso no podré todavía salvarme?», le responderé: «Podrás condenarte, quizá.» Y aún añadiré que es más probable tu condenación, porque la Escritura amenaza con ese tremendo castigo a los pecadores obstinados, como tú lo eres en este instante.

(8) *Periisse semel, aeternum est.*

«¡Ay de los hijos que desertan!» (Is., 30, 1)—dice el Señor—. «¡Ay de ellos, que se apartaron de Mí!» (Os., 7, 13).

A lo menos, con ese pecado que cometes, ¿no pones en gran peligro y duda tu salvación eterna? ¿Y es tal este negocio que así puede arriesgarse? «No se trata de una casa, de una ciudad, de un cargo; se trata—dice San Juan Crisóstomo—de padecer una eternidad de tormentos y de perder la gloria perdurable» (9). Y este negocio, que para ti lo es todo, ¿quieres arriesgarlo en un *puede ser*? «¿Quién sabe—replicas—, quién sabe si me condenaré? Yo espero que Dios, más tarde, me perdonará.» Pero ¿y entre tanto?... Entre tanto, por ti mismo te condenas al infierno. ¿Te arrojarías a un pozo diciendo: Tal vez me libraré de la muerte? Seguramente que no. Pues ¿cómo fundas tu eterna salvación en tan débil esperanza, en un *quién sabe*?

¡Oh! ¡Cuántos por esa maldita, falsa, esperanza se han condenado!... ¿No sabes que la esperanza de los obstinados en pecar no es tal esperanza, sino presunción y engaño, que no promueven la misericordia de Dios, antes bien provocan su enojo?

Si dices que ahora no confías en resistir a las tentaciones y a la pasión dominante, ¿cómo resistirás luego, cuando en vez de aumentarse te falte la fuerza por el hábito de pecar? Pues, por una parte, el alma estará más ciega y más endurecida en su maldad, y por otra, carecerá del auxilio divino... ¿Acaso esperas que Dios haya de acrecentarte sus luces y gracias después que tú hayas aumentado sin límite tus faltas y pecados?

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Jesús mío! Atendiendo a la muerte que por mí padeciste, aumentad mi esperanza. Temo que, en el fin

(9) De immortalibus suppliciis, de coelestis regni amissione res agitur.

de mi vida, el demonio quiera inspirarme desesperación espantosa en vista de las innumerables traiciones que para con Vos he cometido. ¡Cuántas promesas he hecho de no ofenderos más, movido por las luces que me habéis dado, y luego he vuelto a apartarme de Vos esperando que me perdonaríais! De suerte que no me habéis castigado, ¡y por eso mismo os he ofendido tanto! —¡Porque habéis tenido piedad de mí, os hice todavía mayores ultrajes!

Dadme, Redentor mío, antes que salga de esta vida, profundo y verdadero dolor de mis pecados. Duélome, ¡oh Suma Bondad!, de haberos ofendido, y prometo firmemente antes morir mil veces que apartarme de Vos...

Mas, entre tanto, permitid que oiga aquellas palabras que dijisteis a la Magdalena: *Tus pecados están perdonados* (Lc., 7, 48), e inspiradme gran dolor de mis culpas antes que llegue el trance de la muerte. De no ser así, temo que ese trance habrá de traerme inquietud y desdicha. En aquel solemne instante, *no me cause espanto tu presencia*, ¡oh Jesús mío crucificado! (Jer., 17, 17).

Si muriese ahora, antes de llorar mis culpas, antes de amaros, vuestras llagas y vuestra Sangre más bien me darían temor que esperanza. No os pido, pues, consuelo y bienes de la tierra en lo que me reste de vida. Os pido sólo amor y dolor. Oídme, amadísimo Salvador mío, por aquel amor que os hizo sacrificar por mí la vida en el Calvario...

¡María, Madre mía, alcanzadme estas gracias, unidas a la de perseverar hasta la muerte!

CONSIDERACION 13

Vanidad del mundo

Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?

¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?

MT., 16, 26.

PUNTO 1

En un viaje por mar, cierto antiguo filósofo, llamado Aristipo, naufragó con la nave en que iba, y él perdió cuantos bienes llevaba. Mas pudo llegar salvo a tierra, y los habitantes del país a que arribó, entre los cuales gozaba Aristipo gran fama por su ciencia, le proveyeron de tantos bienes como había perdido. Por lo cual escribié luego a sus amigos y compatriotas encomendándoles, con su ejemplo, que sólo atendiesen a proveerse de aquellos bienes que ni aun con los naufragios se pueden perder.

Esto mismo nos avisan desde la otra vida nuestros deudos y amigos que llegaron a la eternidad. Advuértennos que en este mundo procuremos, ante todo, adquirir los bienes que ni aun con la muerte se pierden. Día de perdición se llama el día de la muerte, porque en él hemos de perder los honores, riquezas y placeres, todos los bienes terrenales. Por esta razón dice San Ambrosio que no podemos llamar nuestros a tales bienes, puesto que no

podemos llevarlos con nosotros a la otra vida, y que sólo las virtudes nos acompañan a la eternidad (1).

¿De qué sirve, pues—dice Jesucristo (Mt., 16, 26)—, ganar todo el mundo, si en la hora de la muerte, perdiendo el alma, se pierde todo?... ¡Oh! ¡A cuántos jóvenes hizo esta gran máxima encerrarse en el claustro! ¡A cuántos anacoretas condujo al desierto! ¡A cuántos mártires movió para dar la vida por Cristo!

Con estas máximas, San Ignacio de Loyola ganó para Dios innumerables almas, singularmente la hermosísima de San Francisco Javier, que se hallaba en París, ocupado allí en mundanos pensamientos. «Piensa, Francisco—! dijo un día el Santo—, piensa que el mundo es traidor, que promete y no cumple, mas aunque cumpliera lo que promete, jamás podrá satisfacer tu corazón. Y aun suponiendo que le satisficiera, ¿cuánto durará esa ventura? ¿Podrá durar más que tu vida? Y al fin de ella, ¿llevarás tu dicha a la eternidad? ¿Hay algún poderoso que haya llevado a la otra vida ni una moneda ni un criado para su servicio? ¿Hay algún rey que tenga allí un pedazo de púrpura para engalanarse?...»

Con estas consideraciones, San Francisco Javier se apartó del mundo, siguió a San Ignacio de Loyola y fué un gran santo.

Vanidad de vanidades (Ecl., 1, 2), así llamó Salomón a todos los bienes del mundo cuando por experiencia, como él mismo confesó (Ecl., 2, 10), hubo conocido todos los placeres que hay en la tierra. Sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza, hija del emperador Rodolfo II, decía: «¿De qué sirven los tronos en la hora de la muerte?...»

¡Cosa admirable! Temen los Santos al pensar en su salvación eterna. Temía el Padre Séñeri, que, lleno de sobresalto, preguntaba a su confesor: «¿Qué decís, Padre; me salvaré?»

(1) Non nostra sunt, quae non possumus auferre nobiscum: sola virtus nos comitatur.

Temblaba San Andrés Avelino cuando, gimiendo, exclamaba: «¡Quién sabe si me salvaré!»

Idéntico pensamiento afligía a San Luis Bertrán, y le movía muchas noches a levantarse del lecho, diciendo: «¡Quién sabe si me condenaré!...»

¡Y con todo, los pecadores viven condenados, y duermen, y ríen, y se regocijan!

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Jesús, Redentor mío! De todo corazón os agradezco que me hayáis dado a conocer mi locura y el mal que cometí apartándome de Vos, que por mí disteis la Sangre y la vida. No merecíais, en verdad, que os tratase como os he tratado.

Si ahora llegase mi muerte, ¿qué hallaría en mí sino pecados y remordimientos de conciencia que me harían morir abrumado de angustia?

Confieso, Salvador mío, que obré mal, que me engañé a mí mismo, trocando el Sumo Bien por los míseros placeres del mundo. Arrepíentome con todo mi corazón, y os ruego que, por los dolores que en la cruz sufristeis, me deis a mí tan gran dolor de mis pecados, que por él llore en todo el resto de mi vida las culpas que cometí. Perdonadme, Jesús mío, que yo prometo no ofenderos más y amaros siempre.

Harto sé que no soy digno de vuestro amor, porque le desprecié mil veces; pero sé también que *amáis a quien os ama* (Pr., 8, 17). Yo os amo, Señor; amadme Vos a mí. No quiero perder de nuevo vuestra amistad y gracia, y renuncio a todos los placeres y grandezas del mundo con tal que me améis...

Oídme, Dios mío, por amor de Jesucristo, que Él os ruega no me arrojéis de vuestro corazón. A Vos del todo me ofrezco y os consagro mi vida, mis bienes, mis sentidos, mi alma, mi cuerpo, mi voluntad y mi libertad. Acep-

tadlo, Señor; *no lo rechacéis* (Sal. 50, 13), como merezco, por haber rechazado yo tantas veces vuestro amor...

Virgen Santísima, Madre mía, rogad por mí a Jesús. En vuestra intercesión confío.

PUNTO 2

Menester es pesar los bienes en la balanza de Dios, no en la del mundo, que es falsa y engañosa (Sal. 61, 10). Los bienes del mundo son harto miserables, no satisfacen al alma y acaban pronto. *Mis días huyeron más veloces que un correo; pasaron como naves...* (Jb., 9, 25).

Pasan y huyen veloces los breves días de esta vida; y de los placeres de la tierra ¿qué resta después? *Pasaron como naves. No deja la nave en pos de sí ni aun rastro de su paso* (Sb., 5, 10).

Preguntemos a tantos ricos, letrados, príncipes, emperadores que están en la eternidad qué hallan allí de sus pasadas grandezas, pompas y delicias terrenales. Todos responden: *Nada, nada*. «Vosotros, hombres—dice San Agustín—, consideráis solamente los bienes que posee aquel grande; considerad también qué cosa lleva consigo al sepulcro: un cadáver pestilente y una mortaja, que con él se pudrirá.»

De los poderosos que mueren apenas si se oye hablar un poco de tiempo; después, hasta su memoria se pierde (Sal. 9, 7). Y si van al infierno, ¿qué harán y dirán allí?... Gemirán, diciendo: ¿De qué nos han servido nuestro lujo y riquezas, si ahora todo ello pasó ya como sombra (Sb., 5, 8-9), y nada nos queda, sino penas, llanto y desesperación sin fin?

«Los hijos de este siglo más sabios son en sus negocios que los hijos de la luz» (Lc., 16, 8). Pasma el considerar cuán prudentes son los mundanos en las cosas de la tierra. ¡A qué trabajos no dan cima para alcanzar honras y bienes! ¡Con qué solicitud se ocupan en conservar la salud

del cuerpo!... Escogen y emplean los medios más útiles, los más afamados médicos, los mejores remedios, el clima mejor..., y, sin embargo, ¡cuán descuidados son para el alma!... Y con todo, cierto es que la salud, honras y hacienda han de acabarse un día, mientras que el alma, lo eterno, no tiene fin.

«Observemos—dice San Agustín—cuánto padece el hombre por las cosas que ama desordenadamente» (2). ¿Qué no padecen los vengativos, ladrones y deshonestos para llevar a cabo sus malvados designios? Y para el bien del alma nada quieren sufrir.

¡Oh Dios! A la luz de la candela que en la hora de la muerte se enciende, en aquel tiempo de grandes verdades, conocen y confiesan su gran locura los mundanos. Entonces desearían haber dejado a tiempo todas las cosas y haber sido santos.

El Pontífice León XI decía, moribundo: «Más que ser Papa, me hubiera valido ser portero de mi convento.» Honorio III, Pontífice también, exclamó al morir: «Mejor hubiera hecho quedándome en la cocina de mi comunidad para lavar vajilla.»

Felipe II, rey de España, llamó a su hijo en la hora de la muerte, y, apartando la ropa que le cubría, mostróle el pecho, cubierto de gusanos, y le dijo: «Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban las grandezas del mundo.» Y luego exclamó: «¡Pluguiese a Dios que hubiera yo sido lego de cualquier religión y no monarca!» Hizo después que le pusieran al cuello una cruz de madera; ordenó las cosas de su muerte, y dijo a su heredero: «He querido, hijo mío, que fueseis testigo de este acto para que vieseis cómo, al fin de la vida, trata el mundo aun a los reyes. Su muerte es igual a la de los más pobres de la tierra. El que mejor hubiere vivido es quien logrará con Dios más alto favor.»

Y este mismo hijo, que fué después Felipe III, al mo-

(2) *Intueamur quanta homines sustineant pro rebus quas vitiose diligunt.*

rir, aún joven, de cuarenta y tres años de edad, dijo: «Cuidad, súbditos míos, de que en el sermón de mis funerales sólo se predique este espectáculo que veis. Decid que en la muerte no sirve el ser rey sino para tener mayor tormento por haberlo sido... ¡Ojalá que en vez de ser rey hubiera vivido en un desierto, sirviendo a Dios!... Iría ahora con más esperanza a presentarme ante su tribunal, y no correría tanto riesgo de condenarme!...»

Mas ¿de qué valen tales deseos en el trance de la muerte, sino para mayor desesperación y pena de quien no haya en vida amado a Dios?

Por esto () Santa Teresa: «No se ha de tener en cuenta de lo que se acaba con la vida. La verdadera vida es vivir de manera que no se tema la muerte...»

De suerte que si queremos comprender lo que son los bienes terrenales, mirémoslos como si estuviéramos en el lecho mortuario, y digamos luego: «Aquellas rentas, honores y placeres se acabarán un día. Menester es, pues, que procuremos santificarnos y enriquecernos sólo con los únicos bienes que han de acompañarnos siempre y han de hacernos dichosos por toda la eternidad.»

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Redentor mío!... Habéis sufrido por amarme tantos trabajos e ignominias, y yo he amado tanto los placeres y vanidades del mundo, que por ellos mil veces he pisoteado vuestra gracia. Mas ya que cuando os desprecié no dejabais Vos de buscarme, no puedo temer, Jesús mío, que me abandonéis ahora que os busco y os amo con todo mi corazón, me duelo más de haberos ofendido que si hubiese padecido cualquier otro mal.

¡Oh Dios de mi alma! No quiero ofenderos nuevamente ni en lo más mínimo. Haced que conozca lo que os desagrada, y no lo haré por nada del mundo. Haced que sepa lo que he de hacer para servirlos, y lo pondré por obra. Amaros quiero de veros; y por Vos, Señor,

abrazaré gustoso cuantos dolores y cruces me enviéis. Dadme la resignación que necesito. *Quemad, cortad...* Castigadme en esta vida, a fin de que en la otra pueda amaros eternamente.

María, Madre mía, a Vos me encomiendo; no dejéis de rogar a Jesús por mí.

PUNTO 3

El tiempo es breve...; los que usan de este mundo, sea como si no usasen de él, porque pasa la figura de este mundo... (1 Cor., 7, 31). ¿Qué otra cosa es nuestra vida temporal sino una escena que pasa y se acaba en seguida? Pasa la figura de este mundo, es decir, la apariencia, la escena de comedia. «El mundo es como una escena—dice Cornelio a Lápile—; pasa una generación, y otra le sucede. Quien representó el papel de rey no llevará consigo la púrpura. Dime, ¡oh ciudad, oh casa!, ¿cuántos señores tuviste?»

No bien acaba la comedia, el que hizo el papel de rey no es ya rey, ni el señor es ya señor. Ahora poseéis esa granja o palacio; pero llegará la muerte, y otros serán dueños de todo.

La hora funesta de la muerte trae consigo el olvido y fin de todas las grandezas, honras y vanidades del mundo (*Ecl.*, 11, 29). Casimiro, rey de Polonia, murió de repente, estando sentado a la mesa con los grandes del reino, y cuando acercaba los labios a una copa para beber. Rápidamente se le acabó la escena del mundo...

El emperador Celso fué asesinado a los ocho días de haber sido elevado al trono, y así acabó para Celso la escena de la vida. Ladislao, rey de Bohemia, joven de dieciocho años, estaba esperando a su esposa, hija del rey de Francia, y preparando grandes festejos, cuando una mañana combatióle un vehementísimo dolor, y murió de ello. Por lo cual enviaron correos en seguida, con el fin

de advertir a la esposa que retornase a Francia, pues la comedia del mundo había acabado para Ladislao...

Este pensamiento de la vanidad del mundo hizo santo a Francisco de Borja, el cual (como en otro lugar dijimos), al ver el cadáver de la emperatriz Isabel, muerta en medio de las grandezas y en la flor de la juventud, resolvió entregarse del todo a Dios, diciendo: «¿Así, pues, acabaron las grandezas y coronas del mundo?... No más servir a señor que se me pueda morir.»

Procuremos, pues, vivir de tal modo que en nuestra muerte no se nos pueda decir lo que se dijo al necio mencionado en el Evangelio (*Lc.*, 12, 20): *Necio, esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma; lo que has allegado, ¿para quién será?* Y luego añade San Lucas (12, 21): *Esto es lo que sucede al que atesora para sí y no es rico a los ojos de Dios.*

Más adelante dice (*Mt.*, 6, 20): *Haceos un tesoro en el Cielo que jamás se agote, a donde no llegan los ladrones ni roe la polilla;* o sea: procurad enriqueceros no con los bienes del mundo, sino de Dios, con virtudes y méritos que eternamente durarán con vosotros en el Cielo.

Atendamos, pues, a alcanzar el gran tesoro del divino amor. «¿Qué tiene el rico si no tiene caridad? Y si el pobre tiene caridad, ¿qué no tiene?», dice San Agustín. El que tiene todas las riquezas y no posee a Dios, es el más pobre del mundo. Mas el pobre que posee a Dios, todo lo posee... ¿Y quién posee a Dios? El que le ama. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 *Jn.*, 4, 16).

AFFECTOS Y SÚPLICAS

No quiero, Dios mío, que el demonio vuelva a tener dominio en mi alma, sino que Vos seáis mi único dueño y Señor. Dejarlo quiero todo para alcanzar vuestra gracia, más estimada por mí que mil coronas y mil reinos. ¿Y a quién he de amar sino a Vos, infinitamente amable, bien infinito, belleza, bondad, amor infinito?

Por las criaturas os dejé en la vida pasada, y esto es y será siempre para mí dolor profundo, que me atravesará el corazón, por haberos ofendido a Vos, que tanto me habéis amado. Pero ya que me habéis atraído con vuestra gracia, espero que no he de verme nuevamente privado de vuestro amor. Recibid, ¡oh amor mío!, toda mi voluntad y todas mis cosas, y haced de mí lo que os agrade. Os pido perdón por mis culpas y desórdenes pasados. Jamás me quejaré de lo que dispongáis, porque sé que todo ello es santo y ordenado para mi bien.

Disponed, pues, Dios mío, lo que os plazca, y yo prometo recibirlo con alegría y daros por todo rendidas gracias. Haced que os ame, y nada más pediré... No bienes, ni honores, ni mundo; a mi Dios, sólo a mi Dios quiero.

Y Vos, bienaventurada Virgen María, modelo y dechado de amor a Dios, alcanzadme que, siquiera en el resto de mi vida, os acompañe en ese amor. En Vos, Señora confío.

CONSIDERACION 14

La vida presente es un viaje a la eternidad

Ibit homo in domum aeter. nitatis suae.

Ir  el hombre a la casa de su eternidad.

Ecl. 12, 5.

PUNTO 1

Al considerar que en este mundo tantos malvados viven prósperamente, y tantos justos, al contrario, viven llenos de tribulaciones, los mismos gentiles, con el solo auxilio de la luz natural, conocieron la verdad de que existiendo Dios, y siendo Dios just simo, debe haber otra vida en que los impíos sean castigados y premiados los buenos.

Pues esto mismo que los gentiles conocieron con las luces de la razón, nosotros los cristianos lo confesamos también por la luz de la fe: *No tenemos aquí ciudad permanente, mas buscamos la que está por venir* (He., 13, 14).

Esta tierra no es nuestra patria, sino lugar de tránsito por donde pasamos para llegar en breve a la casa de la eternidad (Ecl., 12, 5). De suerte, lector mío, que la casa en que vives no es *tu propia casa*, sino como una hospedería que pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que dejar; y los primeros en arrojarte de ella cuando llegue la muerte serán tus parientes y allegados...  Cu l será, pues, tu verdadera casa? Una fosa será la morada de tu cuerpo

hasta el día del juicio, y tu alma irá a la casa de la eternidad, o al Cielo, o al infierno.

Por eso nos dice San Agustín: «Huésped eres que pasa y mira.» Necio sería el viajero que, yendo de paso por una comarca, quisiera emplear todo su patrimonio en comprarse allí una casa, que al cabo de pocos días tendría que dejar. Considera, por consiguiente, dice el Santo, que estás de paso en este mundo, y no pongas tu afecto en lo que ves. Mira y pasa, y procúrate una buena morada donde para siempre habrás de vivir.

¡Dichoso de ti si te salvas!... ¡Cuán hermosa la gloria!... Los más suntuosos palacios de los reyes son como chozas respecto de la ciudad del Cielo, única que pudo llamarse *Ciudad de perfecta hermosura*. Allí no habrá nada que desear. Estaréis en la gozosa compañía de los Santos, de la divina Madre de Nuestro Señor Jesucristo y sin temor de ningún mal. Viviréis, en suma, abismados en un mar de alegría de continua beatitud, que siempre durará (*Is.*, 35, 10). Y este gozo será tan perfecto y grande, que por toda la eternidad y en cada instante parecerá nuevo...

Si, por el contrario, te condenas, ¡desdichado de ti! Te hallarás sumergido en un mar de fuego y de dolor, desesperado, abandonado de todos y privado de tu Dios... ¿Y por cuánto tiempo?... ¿Acaso cuando hubieren pasado cien años, o mil, habrá concluído tu pena?... ¡Oh, no acabará!... ¡Pasarán mil millones de años y de siglos, y el infierno que padecieres estará comenzando!... ¿Qué son mil años respecto de la eternidad?... Menos de un día que ya pasó... (*Sal.* 89, 4). ¿Quieres ahora saber cuál será tu casa en la eternidad?... Será la que merezcas; la que te fabriques tú mismo con tus obras.

AFECTOS Y SÚPLICAS

Ved, pues, Señor, la casa que merecí con mi vida: la cárcel del infierno, donde apenas hube cometido el primer grave pecado, debí estar abandonado de Vos y sin espe-

ranza de amaros nuevamente. ¡Bendita sea para siempre vuestra misericordia, porque me esperasteis, Señor, y me disteis tiempo para remediar tanto mal! ¡Bendita sea para siempre la Sangre de Jesucristo, que mereció para mí esa misericordia!... No quiero, Dios mío, abusar más de vuestra paciencia. Me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, no tanto por el infierno que merecí como por haber ultrajado vuestra infinita bondad.

No más, Dios mío; no más. Antes morir que volver a ofenderos. Si yo estuviese ahora en el infierno, ¡oh Sumo Bien mío!, no podría ya amaros, ni Vos podríais amarme a mí... Os amo, Señor, y quiero que me améis. Bien sé que no lo merezco; pero lo merece Jesucristo, que se sacrificó en la cruz para que me perdonaseis y amarais. Por amor de vuestro divino Hijo, dadme, pues, ¡oh Eterno Padre!, la gracia de que yo os ame siempre de todo corazón... Os amo, Padre mío, que me disteis a vuestro Hijo Jesús. Os amo, Hijo de Dios, que moristeis por mí.

Os amo, ¡oh Madre de Jesucristo!, que con vuestra intercesión me habéis alcanzado tiempo de penitencia. Alcanzadme ahora, Señora mía, dolor de mis pecados, el amor de Dios y la santa perseverancia.

PUNTO 2

«Si el árbol cayere hacia el austro o hacia el aquilón, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará» (*Ecl.*, 11, 3). Donde caiga, en la hora de la muerte, el árbol de tu alma, allí quedará para siempre. No hay, pues, término medio: o reinar eternamente en la gloria, o gemir esclavo en el infierno. O siempre ser bienaventurado, en un mar de inefable dicha, o estar siempre desesperado en una cárcel de tormentos.

San Juan Crisóstomo, considerando que aquel rico calificado de dichoso en el mundo luego fué condenado al infierno, mientras que Lázaro, tenido por infeliz, porque era pobre, fué después felicísimo en el Cielo, exclama:

«¡Oh infeliz felicidad, que produjo al rico eterna desventura!... ¡Oh feliz desdicha, que llevó al pobre a la felicidad eterna!»

¿De qué sirve atormentarse, como hacen algunos, diciendo: «¿Quién sabe si estaré condenado o predestinado?...» Cuando cortan el árbol, ¿hacia dónde cae?... Cae hacia donde está inclinado... ¿A qué lado te inclinas, hermano mío?... ¿Qué vida llevas?... Procura inclinarte siempre hacia el austro, consérvate en gracia de Dios, huye del pecado, y así te salvarás y estarás predestinado al Cielo.

Y para huir del pecado, tengamos presente siempre *el gran pensamiento* de la eternidad, que así, con razón, le llama San Agustín.

Este pensamiento movió a muchos jóvenes a abandonar el mundo y vivir en la soledad, para atender sólo a los negocios del alma. Y en verdad que acertaron, pues ahora, en el Cielo, se regocijan de su resolución, y se regocijarán eternamente.

A una señora que vivía alejada de Dios, la convirtió el Beato M. Avila sin más que decirle: «Pensad, señora, en estas dos palabras: *siempre y jamás.*» El Padre Pablo Séñeri, por un pensamiento de la eternidad que tuvo un día, no pudo conciliar luego el sueño, y se entregó desde entonces a la vida más austera.

Dresselio refiere que un obispo, con ese pensamiento de la eternidad, llevaba santísima vida, diciendo mentalmente: «A cada instante estoy a las puertas de la eternidad.» Cierta monje se encerró en una tumba, y exclamaba sin cesar: «¡Oh eternidad, eternidad!...» «Quien cree en la eternidad—decía el citado Beato Avila—y no se hace santo, debiera estar encerrado en la casa de locos.»

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Dios mío, tened piedad de mí!... Sabía que pecando me condenaba yo mismo a eterno dolor, y con todo, quise oponerme a vuestra voluntad santísima... ¿Y por qué?... Por un miserable placer... Perdonadme, Señor, que yo me arrepiento de todo corazón. No me rebelaré nunca más contra vuestra santa voluntad. ¡Desdichado de mí si me hubierais enviado la muerte en el tiempo de mi mala vida! Hallárame en el infierno aborreciendo vuestra voluntad. Mas ahora la amo, y quiero amarla siempre. Enseñadme y ayudadme a cumplir en lo sucesivo vuestro divino beneplácito (*Sal.* 142, 10).

No he de contradeciros más, ¡oh Bondad infinita!; antes bien, os dirigiré solamente esta súplica: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.» Haced que cumpla perfectamente vuestra voluntad, y nada más pediré. ¿Pues qué otra cosa queréis, Dios mío, sino mi bien y mi salvación?

¡Ah Padre Eterno! Oídmeme por amor de Jesucristo, que me enseña lo que he de pedir, como en su nombre os pido: *Fiat voluntas tua! Fiat voluntas tua!* «¡Hágase tu voluntad!...» ¡Oh dichoso de mí si paso la vida que me resta y muero haciendo vuestra santa voluntad!...

¡Oh María, bienaventurada Virgen, que hicisteis siempre con toda perfección la voluntad de Dios, alcanzadme por vuestros méritos que la cumpla yo hasta el fin de mi vida!

PUNTO 3

«Irà el hombre a la casa de su eternidad», dice el Profeta (*Ecl.*, 12, 5). «Irà», para denotar que cada cual ha de ir a la casa que quisiere. No le llevarán, sino que irá por su propia y libre voluntad. Cierto es que Dios quiere que nos salvemos todos, pero no quiere salvarnos a la fuerza.

Puso ante nosotros la vida y la muerte, y la que eligiéremos se nos dará (*Ecl.*, 15, 18).

Dice también Jeremías (*Jer.*, 21, 8) que el Señor nos ha dado dos vías para caminar: una la de la gloria, otra la del infierno. A nosotros toca escoger. Pues el que se empeña en andar por la senda del infierno, ¿cómo podrá llegar a la gloria?

De admirar es que, aunque todos los pecadores quieran salvarse, ellos mismos se condenan al infierno, diciendo: Espero salvarme. «Mas ¿quién habrá tan loco—dice San Agustín—que quiera tomar mortal veneno con esperanza de curarse?... Y con todo, cuántos cristianos, cuántos locos se dan, pecando, a sí propios la muerte, y dicen: «Luego pensaré en el remedio...» ¡Oh error deplorable, que a tantos ha enviado al infierno!

No seamos nosotros de estos dementes; consideremos que se trata de la eternidad. Si tanto trabajo se toma el hombre para procurarse una casa cómoda, vasta, sana y en buen sitio, como si tuviera seguridad de que ha de habitarla toda su vida, ¿por qué se muestra tan descuidado cuando se trata de la casa en que ha de estar eternamente?, dice San Euquerio (1).

No se trata de una morada más o menos cómoda o espaciosa, sino de vivir en un lugar lleno de delicias, entre los amigos de Dios, o en una cárcel colmada de tormentos, entre la turba infame de los malvados, herejes e idólatras... ¿Por cuánto tiempo?... No por veinte ni por cuarenta años, sino por toda la eternidad. ¡Gran negocio, sin duda! No cosa de poco momento, sino de suma importancia.

Cuando Santo Tomás Moro fué condenado a muerte por Enrique VIII, su esposa, Luisa, procuró persuadirle que consintiera en lo que el rey quería. Pero Santo Tomás Moro le replicó: «Dime, Luisa; ya ves que soy viejo, ¿cuánto tiempo podré vivir aún?» «Podréis vivir todavía

(1) *Negotium, pro quo contendimus, aeternitas est.*

veinte años más», dijo la esposa. «¡Oh, inconsiderado negocio!—exclamó entonces Tomás—. ¿Por veinte años de vida en la tierra quieres que pierda una eternidad de dicha y que me condene a eterna desventura?»

¡Oh Dios, iluminadnos! Si la doctrina de la eternidad fuese dudosa, una opinión solamente probable, todavía debiéramos procurar con empeño vivir bien para no exponernos, si esa opinión era verdad, a ser eternamente infelices. Pero esa doctrina no es dudosa, sino cierta; no es mera opinión, sino verdad de fe: «Írá el hombre a la casa de la eternidad...» (*Ecl.*, 12, 5).

«¡Oh, que la falta de fe—dice Santa Teresa—es la causa de tantos pecados y de que tantos cristianos se condenen!... Reavivemos, pues, nuestra fe, diciendo: ¡Creo en la vida eterna!» Creo que después de esta vida hay otra, que no acaba jamás.

Y con este pensamiento siempre a la vista, acudamos a los medios convenientes para asegurar la salvación. Frequentemos los sacramentos, hagamos meditación diaria, pensemos en nuestra eterna salvación y huyamos de las ocasiones peligrosas. Y si fuera preciso apartarnos del mundo, dejémosle, porque ninguna precaución está de más para asegurarnos la eterna salvación. «No hay seguridad que sea excesiva donde se arriesga la eternidad», dice San Bernardo.

AFECTOS Y SÚPLICAS

No hay, pues, ¡oh Dios mío!, término medio: o ser para siempre feliz, o para siempre desdichado; o he de verme en un mar de venturas, o en un piélago de tormentos; con Vos en la gloria, o eternamente en el infierno, apartado de Vos; sé de seguro que muchas veces merecí ese infierno, pero también sé de cierto que perdonáis al que se arrepiente y libráis de la eterna condenación al que en Vos espera. Vos lo dijisteis: «*Clamaré a Mí...*, y Yo le libraré y glorificaré» (*Sal.* 90, 15).

Perdonadme, pues, Señor mío, y libradme del infierno. Duélome, ¡oh Bien Sumo!, sobre todas las cosas, de haberos ofendido. Volvedme pronto vuestra gracia y concededme vuestro santo amor. Si ahora estuviese en el infierno, no podría amaros, sino que os odiaría eternamente... Pues ¿qué mal me habéis hecho para que os odiasse?... Me amasteis hasta el extremo de morir por mí, y sois digno de infinito amor. ¡Oh Señor!, no permitáis que me aparte de Vos; os amo, y quiero amaros siempre. «¿Quién me separará del amor de Cristo?» (Ro., 8, 35). «¡Ah Jesús mío, sólo el pecado puede apartarme de Vos! No lo permitáis (2), por la Sangre que por mi bien derramasteis.» Dadme antes la muerte...

¡Oh Reina y Madre mía! Ayudadme con vuestras oraciones; alcanzadme la muerte, mil muertes, antes que me separe del amor de vuestro divino Hijo.

(2) Ne permittas me separarari a te.

CONSIDERACION 15

Malicia del pecado mortal

Fillos enutrivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.

Hijos crié y engrandecí; mas ellos me despreciaron.

Is., 1. 4.

PUNTO 1

¿Qué hace quien comete un pecado mortal?... Injuria a Dios, le deshonra y, en cuanto está de su parte, le colma de amargura.

Primeramente, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice Santo Tomás, se aprecia atendiendo a la persona que la recibe y a la persona que la hace. Una ofensa hecha a un simple particular es, sin duda, un mal; pero es mayor delito si se le hace a una persona de alta dignidad, y mucho más grave si se dirige al rey... ¿Y quién es Dios? Es el Rey de los reyes (*Ap.*, 17, 14). Dios es la Majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los Santos y ángeles del Cielo son menores que un grano de arena (*Is.*, 40, 15). Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen (*Is.*, 40, 17). Eso es Dios...

Y el hombre, ¿qué es?... Responde San Bernardo: Saco de gusanos, manjar de gusanos, que en breve le de-

vorarán. El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que no sabe ver nada; pobre y desnudo, que nada tiene (*Ap.*, 3, 17). ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios?—dice el mismo San Bernardo—. Con razón, pues, afirma el Angélico Doctor (p. 3, q. 2, a. 2) que el pecado del hombre contiene una malicia casi infinita.

Por eso, San Agustín llama, absolutamente, al pecado *un mal infinito*; de suerte que, aunque todos los hombres y los ángeles se ofrecieran a morir, y aun a aniquilarse, no podrían satisfacer por un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las terribles penas del infierno; pero, con todo, ese castigo es, como dicen todos los teólogos, *citra condignum*, o sea, menor que la pena con que tal pecado debiera castigarse.

Y, en verdad, ¿qué pena bastará para castigar como merece a un gusano que se rebela contra su Señor? Sólo Dios es Señor de todo, porque es Creador de todas las cosas (*Es.*, 13, 9). Por eso, todas las criaturas le obedecen. «Obedécenle los vientos y los mares» (*Mt.*, 8, 27). *El fuego, el granizo, la nieve y el hielo... ejecutan sus órdenes* (*Sal.* 148, 8). Mas el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a Dios: Señor, no quiero servirte?

El Señor le dice: «No te vengues», y el hombre responde: «Quiero vengarme.» «No tomes los bienes del prójimo», y desea apoderarse de ellos. «Abstente del placer impuro», y no se resuelve a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío Faraón cuando Moisés le intimó la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel... Aquel temerario respondió: ¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz?... «No conozco al Señor» (*Ex.*, 5, 2). Pues lo mismo dice el pecador: Señor, no te conozco; hacer quiero lo que me plazca.

En suma: ante Dios mismo le pierde el respeto y se aparta de Él, que esto es propiamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios (1). De esto

(1) S. Tom.. p. 1, q. 24, a. 4.

se lamenta el Señor, diciendo: Ingrato fuiste, «tú me has abandonado»; Yo jamás me hubiera apartado de ti; «tú te has vuelto atrás».

Dios declaró que aborrecía el pecado; de suerte que no puede menos de aborrecer al que lo comete (Sb., 14, 9). Y el hombre, al pecar, se atreve a declararse enemigo de Dios y a combatir frente a frente contra Él. Pues ¿qué dirías si vieses a una hormiga que quisiera pelear con un soldado?...

Dios es aquel omnipotente Señor que con sólo querer sacó de la nada el Cielo y la tierra (2 Mac., 7, 28). Y si quisiera, a una señal suya, podría aniquilarlo todo. Y el pecador, cuando consiente en el pecado, levanta la mano contra Dios, y «con erguido cuello», es decir, con soberbia, corre a ofender a Dios; ármase de gruesa cerviz (Jb., 15, 25) (símbolo de ignorancia), y exclama: «¿Qué gran mal es el pecado que hice?... Dios es bueno y perdona a los pecadores...» ¡Qué injuria!, ¡qué temeridad!, ¡qué ceguera tan grande!

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Heme aquí, Dios mío! A vuestros pies está el rebelde temerario que tantas veces en vuestra presencia se atrevió a perderos el respeto y a huir de Vos; pero ahora imploro vuestra piedad. Vos, Señor, dijisteis: *Clama a Mí y te oiré*. Reconozco que el infierno es poco castigo para mí; mas sabed, Señor, que tengo mayor dolor de haberos ofendido, ¡oh Bondad infinita!, que si hubiese perdido todos mis bienes y aun la misma vida.

Perdonadme, Señor, y no permitáis que vuelva a ofenderos. Me habéis esperado, a fin de que os amase y bendijese para siempre vuestra misericordia. Yo os amo y bendigo, y espero que por los merecimientos de mi Señor Jesucristo jamás abandonaré vuestro amor. Este amor vuestro me libró del infierno. El me librará del pecado en lo por venir.

Gracias mil os doy por estas luces y por el deseo que me dais de amaros siempre. Tomad, pues, posesión de todo mi ser, alma, cuerpo, potencias, sentidos, voluntad y libertad. *Tuyo soy, sálvame* (*Sal.*, 118, 94). Vos, que sois el único bien, lo único amable, sed mi amor. Dadme fervor vivísimo para amaros, pues ya que tanto os ofendí, no me puede bastar el vulgar amor, sino que deseo amaros mucho para reparar las ofensas que os hice. De Vos, que sois omnipotente, espero alcanzarlo...

También, ¡oh María!, lo espero de vuestras oraciones, que son omnipotentes para con Dios.

PUNTO 2

El pecador no sólo ofende a Dios, sino que le deshonra (*Ro.*, 2, 23). Porque, renunciando a la divina gracia por un miserable placer, menosprecia y huella la amistad de Dios. Si el hombre perdiese esta soberana amistad por ganar un reino, y aun todo el mundo, haría, sin embargo, un inmenso mal, pues la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos.

Mas ¿por qué se ofende a Dios? (*Sal.*, 10, 13). Por un puñado de tierra, por un raptó de ira, por un brutal placer, por humo, por capricho (*Ez.*, 13, 19). Apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si dará o no consentimiento al pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué cosa pesa más, si la gracia de Dios o la ira, el humo, el placer... Y cuando luego da el consentimiento, declara que para él vale más aquel humo o aquel placer que la divina amistad. Ved, pues, a Dios menospreciado por el pecador.

David, considerando la grandeza y majestad de Dios, exclamaba (*Sal.* 34, 10): «Señor, ¿quién es semejante a Ti?» Mas Dios, al contrario, viéndose comparado por los pecadores a una satisfacción vilísima y pospuesto a ella, les dice (*Is.*, 40, 25): «¿A quién me habéis asemejado e

igualado?» «¿De suerte—exclama el Señor—que aquel placer vale más que mi gracia?»

No habrías pecado si, al pecar, debieras haber perdido una mano, o diez ducados, o quizá menos. De modo, dice Salviano, que sólo Dios es tan vil a tus ojos, que merece ser propuesto a un rapto de cólera, a un mísero deleite.

Además, cuando el pecador, por cualquier placer suyo, ofende a Dios, hace que tal placer se convierta en su dios, porque en aquél pone su fin. Así, dice San Jerónimo: «Lo que alguien desea, si lo venera es para él un dios». Vicio en el corazón, es ídolo en altar. Por lo mismo, dice Santo Tomás: «Si amas los deleites, éstos son tu dios.» Y San Cipriano: «Todo cuanto el hombre antepone a Dios lo convierte en su dios.»

Cuando Jeroboán se rebeló contra el Señor, procuró llevar consigo el pueblo a la idolatría, y le presentó sus ídolos, diciendo (1 R., 12, 28): «Aquí tienes, Israel, a tus dioses.» Así procede el demonio: ofrece al pecador los placeres, y le dice: «¿Qué quieres hacer de Dios?... Ve aquí al tuyo; esta pasión, este deleite. Acéptalo y abandona a Dios.» Y si el pecador consiente, eso mismo hace: adora en su corazón el placer como a dios. «Vicio en el corazón, es ídolo en altar.»

¡Y si a lo menos los pecadores no deshonrasen a Dios en presencia de Él mismo!... Mas no; le injurian y deshonran cara a cara, porque Dios está presente en todo lugar (*Ser.*, 23, 24). El pecador lo sabe. ¡Y con todo, se atreve a provocar al Señor en la misma presencia divina! (*Is.*, 65, 3).

AFECTOS Y SÚPLICAS

Vos sois, pues, Señor, el Bien infinito, y os he cambiado muchas veces por un vil deleite, que desaparece apenas gozado. Mas Vos, aunque tanto os desprecié, me ofrecéis ahora el perdón, si le quiero aceptar, y me pro-

metéis recibirme en vuestra gracia si me arrepiento de haberos ofendido. Sí, Señor mío, duélome de todo corazón de tanta ofensa y aborrezco mis pecados más que todos los males. Ahora vuelvo a Vos, y espero que me recibiréis y abrazaréis como a un hijo. Gracias mil os doy, ¡oh infinita Bondad!

Ayudadme, Señor, y no permitáis que os aleje nuevamente de mí. No dejará el infierno de ofrecernos tentaciones; pero Vos sois más poderoso que él. Y bien sé que no me apartaré jamás de Vos si a Vos siempre me encomiendo.

Tal es la gracia que os demando: que siempre me encomiende a Vos y os ruegue como ahora, diciendo: Señor, ayúdame, dadme luz, fuerza, perseverancia... Dadme la gloria y, sobre todo, concededme vuestro amor, que es la verdadera gloria del alma. Os amo, Bondad infinita, y quiero amaros siempre. Oídmme, por el amor de Cristo Jesús...

¡Oh María, refugio de los pecadores, socorred a un pecador que quiere amar a Dios!

PUNTO 3

El pecador injuria, deshonra a Dios y, además, en cuanto es de su parte, le colma de amargura, pues no hay amargura más sensible que la de verse pagado con ingratitud por una persona amada y en extremo favorecida. ¿Y a qué se atreve el pecador?... Ofende a un Dios que le creó y le amó tanto, que dió por su amor la Sangre y la vida. Y el hombre le arroja de su corazón al cometer un pecado mortal. Dios habita en el alma que le ama. «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn., 14, 23).

Notad la expresión *haremos morada*. Dios viene a esa alma y en ella fija su mansión: de suerte que no la deja, a no ser que el alma le arroje de sí. «No abandona si no

es abandonado», como dice el Concilio de Trento. Y puesto que Vos sabéis, Señor, que aquel ingrato ha de arrojaros de sí, ¿por qué no le dejáis desde luego? Abandonadle, partid antes que se os haga esa gran ofensa... No, dice el Señor; no quiero dejarle, sino esperar a que él mismo me despida.

De suerte que, apenas el alma consiente en el pecado, dice a su Dios (*Jb.*, 21, 14): Señor, apartaos de mí. No lo dice con palabras, sino con hechos, como advierte San Gregorio (2). Harto sabe el pecador que Dios no puede vivir con el pecado. Bien ve que si peca tiene Dios que apartarse de él. De modo que, en rigor, le dice: Ya que no podéis estar con mi pecado y habéis de alejaros de mí, idos cuando os plazca.

Y al despedir a Dios del alma hace que en seguida entre el enemigo a tomar posesión de ella. Por la misma puerta por donde sale Dios entra el demonio. «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí» (*Mt.*, 12, 45).

Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote exorciza al enemigo diciéndole: «Sal de aquí, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo»; porque aquella alma del bautizado, al recibir la gracia, se convierte en templo de Dios (1 *Co.*, 3, 16). Pero cuando el hombre consiente en pecar, efectúa precisamente lo contrario, diciendo a Dios, que estaba en su alma: «Sal de aquí, Señor, y da lugar al demonio.»

De esto se lamentaba el Señor con Santa Brígida cuando le dijo que, al despedirle el pecador, procedía como si quitase al rey su propio trono: «Soy como un Rey arrojado de su propio reino; y en mi lugar se elige a un pésimo ladrón.»

¿Qué pena no sentiríais si recibieseis grave ofensa de alguien a quien hubieseis favorecido mucho? Pues esa misma pena causáis a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvaros. Clama el Señor a la tierra y al Cielo para

(2) Recede, non verbis sed moribus.

que le compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores: «Oíd, ¡oh Cielos!, y tú, ¡oh tierra!, escucha... Hijos creé y engrandecí..., pero ellos me despreciaron» (*Is.*, 1, 2). En suma, los pecadores afligen con sus pecados al Corazón del Señor... (*Is.*, 63, 10).

Dios no puede sentir dolor; pero—como dice el Padre Medina—si fuese posible que le sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerle morir, por la infinita pesadumbre que le causaría (3). Así, pues, afirma San Bernardo, «el pecado, por cuanto en sí es, da muerte a Dios».

De manera que los pecadores, al cometer un pecado mortal, hieren, por decirlo así, a su Señor, y nada omiten para quitarle la vida, si pudieran. Y según dice San Pablo (*He.*, 10, 29), pisotean al Hijo de Dios, y desprecian todo lo que Jesucristo hizo y padeció para quitar el pecado del mundo.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¿De suerte, Redentor mío, que cuantas veces pequé os arrojé de mi alma y puse por obra todo lo que bastara para daros muerte si pudieseis morir? Oigo, Señor, que me decís: «¿Qué te hice o en qué te contristé, para que tanto me hayas contristado?...» ¿Me preguntáis, Señor, qué mal me habéis hecho?... Me disteis el ser, y habéis muerto por mí: ¡tal es el mal que hicisteis!... ¿Qué he de responderos?... Os digo, Señor, que merezco mil veces el infierno, y que muy justamente pudierais mandarme a él.

Pero acordaos de aquel amor que os hizo morir por mí en la cruz; acordaos de la Sangre que por mi amor derramasteis, y tener compasión de mí... Mas ya entiendo, Señor: no queréis que desespere, y me decís que estáis

(3) *Pecatum mortale, si possibile esset, destrueret ipsum Deum. eo quod causa esset tristitiae in Deo infinitae. De poenit.*

a la puerta de mi corazón (de este corazón que os arrojó de sí) y que llamáis con vuestras inspiraciones para entrar en él, pidiéndome que os abra... (*Ap.*, 3, 20; *Cant.*, 5, 2).

Sí, Jesús mío; yo me aparto del pecado; duélome de todo corazón de haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas. Entrad, amor mío; abierta tenéis la puerta; entrad, y no os apartéis jamás de mí. Abrasadme con vuestro amor, y no permitáis que de Vos vuelva a separarme... No, Dios mío, nunca volvamos a separarnos. Os abrazo y estrecho a mi corazón... Dadme Vos la santa perseverancia... (4).

¡María, Madre mía, socorredme siempre, rogad por mí a Jesús y alcanzadme que jamás pierda yo su santa gracia!

(4) Ne permittas me separari a te.

CONSIDERACION 16

Misericordia de Dios

Superexaltat autem misericordia iudicium.

La misericordia triunfa sobre el juicio.

SANTIAGO, 2, 13.

PUNTO 1

La bondad es comunicativa por naturaleza; de suyo tiende a compartir sus bienes con los demás. Dios, que por su naturaleza es la bondad infinita (1), siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso propende más a la misericordia que al castigo. «Castigar—dice Isaías—es obra ajena a las inclinaciones de la divina voluntad.» «Se enojará para hacer su obra (o venganza), obra que es ajena de Él, obra que es extraña a Él» (Is., 28, 21). Y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra (Sal. 59, 3). Muéstrase airado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado (Sal. 5). Y si nos castiga es porque nos ama, para librarnos de la eterna pena (Sal. 6).

¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que Dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogéndolos cuando vuelven a Él?...

(1) Deus cuius natura bonitas. *San León*

Y ante todo, ¡qué gracia valiosísima nos concede Dios al esperar nuestra penitencia!...

Cuando le ofendiste, hermano mío, podía el Señor enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te colmó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. Hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieses (*Sb.*, 11, 24).

¿Y cómo, Señor, Vos, que no podéis ver un solo pecador, veis tantos y calláis? ¿Miráis aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigáis? ¿Por qué tanta paciencia?... Dios espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle (*Is.*, 30, 18).

Dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por natural instinto se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que al Creador hace; pero Dios, por su misericordia, las detiene... (2). Vos, Señor, aguardáis al impío para que se enmiende; mas ¿no veis que el ingrato se vale de vuestra piedad para ofenderos? (*Is.*, 26, 15). ¿Por qué tal paciencia?... Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve (*Ez.*, 33, 11).

¡Oh paciencia de Dios! Dice San Agustín que si Dios no fuese Dios, parecería injusto, atendiendo a su demasiada paciencia para con el pecador (3). Porque espera que se valga el hombre de aquella paciencia para más pecar, diríase que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. «Nosotros pecamos—sigue diciendo el mismo Santo—, nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos se glorían de sus delitos), ¿y Tú estás aplacado?...

(2) Omnis creatura, tibi factori deserviens, excandescit adversus iniustos.

(3) Deus, Deus meus, pace tua dicam, nisi quia Deus esses, iniustus esses.

Nosotros te provocamos a ira, y Tú a misericordia.» Parece que a porfía combatimos con Dios; nosotros, procurando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Señor y Dios mío! Reconozco que soy digno de estar en el infierno (*Jb.*, 17, 13). Mas por vuestra misericordia no me hallo en él, sino postrado a vuestros pies, y conociendo vuestro precepto con que me mandáis que os ame. «¡Ama al Señor tu Dios!» (*Mt.* 22, 37). Me decís que queréis perdonarme si me arrepiento de las ofensas que os he hecho...

Sí, Dios mío; ya que deseáis que os ame, aunque soy un vil rebelde contra vuestra soberana majestad, os amo con todo mi corazón, y me duelo de haberos ofendido más que de cualquier otro mal en que hubiera podido incurrir. Iluminadme, pues, ¡oh Bondad infinita!, y dadme a conocer la horrenda malicia de mis culpas. No; no resistiré más a vuestra voz, ni volveré a injuriar a un Dios que tanto me ama, y que tantas veces y con tanto amor me habéis perdonado...

¡Ah, si nunca os hubiera ofendido, Jesús de mi alma! Perdonadme y haced que de hoy en adelante a nadie ame más que a Vos, que sólo viva para Vos, que moristeis por mí, y que sólo por vuestro amor padezca, ya que por mí tanto padecisteis. Eternamente me habéis amado, concededme que por toda la eternidad arda yo en vuestro amor. Todo lo espero, ¡oh Salvador mío!, de vuestros infinitos merecimientos.

En Vos confío, Virgen Santísima, pues con vuestra intercesión me habéis de salvar.

PUNTO 2

Consideramos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a penitencia... Rebelóse Adán contra Dios, y ocultóse después. Mas el Señor, que veía perdido a Adán, iba buscándole, y casi sollozando le llamaba: «Adán, ¿dónde estás?...» (*Gn.*, 3, 9). «Palabras de un padre—dice el P. Pereira—que busca al hijo que ha perdido.»

Lo mismo ha hecho Dios contigo muchas veces, hermano mío. Huías de Dios, y Dios te buscaba, ora con inspiraciones, ora con remordimientos de conciencia, ya por medio de pláticas santas, ya con tribulaciones o con la muerte de tus deudos y amigos.

No parece sino que, hablando de ti, exclamara Jesucristo: «Casi perdí la voz, hijo mío, a fuerza de llamarte» (*Sal.* 68, 4). «Considerad, pecadores—dice Santa Teresa—, que os llama aquel Señor que un día os ha de juzgar.»

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te llamaba? Harto merecías que no te llamase más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere, para que te salves, que estés en paz con Él... ¿Quién es el que te llama? Un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?...

¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. *Convertíos y vivid* (*Ez.*, 18, 32). Con el fin de recuperar la divina gracia, poco haría cualquiera aunque viviese por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y con todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: «¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte» (*Ez.*, 18, 31).

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace?... Llé-

gase a la puerta de aquel ingrato, y clama (*Ap.*, 3, 20); pide al alma que le deje entrar (*Cant.*, 5, 2), y ruega hasta cansarse (*Serm.*, 15, 6). Sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2 *Co.*, 5, 20) cuando escribía a sus discípulos: «Os rogamos por Cristo que os reconciliéis con Dios.»

Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: «El mismo Cristo—dice—os ruega... ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios. De suerte que Él no es enemigo vuestro, sino vosotros de Él.»

Con lo cual manifiesta el Santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, sino que basta con que se resuelva a aceptar la amistad divina, puesto que él y no Dios es quien se niega a hacer la paz.

¡Ah! Este bondadosísimo Señor acércase sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: «¡Ingratos! No huyáis de Mí... ¿Por qué huís? Decídmelo. Yo deseo vuestro bien, y sólo procuro haceros dichosos... ¿Por qué queréis perderos?» ¿Y Vos, Señor, qué es lo que hacéis? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor para con estos rebeldes? ¿Qué bienes esperáis de ellos? ¿Qué honra buscáis mostrándoos tan apasionado de estos viles gusanos de la tierra que huyen de Vos? «¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas?... O ¿por qué pones sobre él tu Corazón?» (*Jb.*, 7, 17).

AFECTOS Y SÚPLICAS

Aquí tenéis, Señor, a vuestras plantas un ingrato que os pide misericordia: Padre mío, perdonadme. Os llamo *Padre*, porque Vos queréis que os llame así. No merezco compasión, porque cuanto más bondadoso fuisteis para conmigo, tanto más ingrato fui yo con Vos.

Por esa misma bondad que os movió, Dios mío, a no desampararme cuando yo huía de Vos, recibidme ahora

que a Vos vuelvo. Dadme, Jesús mío, gran dolor de las ofensas que os hice, y con él vuestro beso de paz. Me arrepiento, sobre todo, de las ofensas que os hice, y las detesto y abomino, uniendo este aborrecimiento al que sentisteis Vos, ¡oh Redentor mío!, en el huerto de Getsemaní. Perdonadme, pues, por los merecimientos de la preciosa Sangre que por mí en aquel huerto derramasteis, y yo os ofrezco resueltamente nunca más apartarme de Vos y arrojar de mi corazón todo afecto que para Vos no sea.

Jesús, amor mío, os amo sobre todas las cosas, quiero amaros siempre y no amar más que a Vos. Pero dadme, Señor, fuerza para lograrlo. Hacedme enteramente vuestro.

¡Oh María, mi esperanza, Madre de misericordia, compadeceos de mí y rogad por mí a Dios!

PUNTO 3

A veces los príncipes de la tierra se desdeñan de mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. Mas no procede así Dios con nosotros. «No os volverá el rostro si contritos acudiereis a Él» (2 C., 30, 9). No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos apenas lleguen... (Jer., 3, 1; Zac., 1, 3).

¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! Claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola del *Buen Pastor* (Lc., 15, 5), que, *hallando la ovejuela perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros*, y convida a sus amigos para que con Él se regocijen (Lc., 15, 6). Y San Lucas añade (Lc., 15, 7): «Habrá gozo en el Cielo por un pecador que hiciere penitencia.»

Lo mismo significó el Redentor con la parábola del *Hijo pródigo*, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y

antes que le hable, le abraza y le besa, y ni aun con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente (Ez., 18, 21-22).

Llega el Señor hasta asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás aquél le hubiera ofendido. No repara en decir: «Venid y acusadme—dice el Señor (Is., 1, 18; Ez, 18, 21-22)—; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; o sea: «Venid, pecadores, y si no os perdono, reprendedme y tratadme de infiel...» Mas no, que Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente (Sal. 50, 19).

Gloríase el Señor en usar de misericordia, perdonando a los pecadores (Is., 30, 18). ¿Y cuándo perdona?... Al instante (Is., 30, 19). Pecador, dice el Profeta, no tendrás que llorar mucho. En cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti (Is., 30, 19).

No procede Dios con nosotros como nosotros con Él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oír. Dios, no. Apenas nos arrepintamos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¿Contra quién me he atrevido a resistir?... Contra Vos, Señor, que sois la bondad misma, y me habéis creado y habéis muerto por mí, y me habéis conservado, a pesar de mis repetidas traiciones...

La sola consideración de la paciencia con que me habéis tratado debiera bastar para que mi corazón viviese siempre ardiendo en vuestro amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que os hice, como las sufristeis Vos? ¡Desdichado de mí si volviese a ofenderos y me condenase! Esa misericordia con que me favorecisteis sería para mí, ¡oh Dios!, un infierno más intolerable que el infierno mismo.

No, Redentor mío; no permitáis que vuelva a separarme de Vos. Antes morir... Veo que vuestra misericordia no puede ya sufrir mi maldad. Pero me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido; os amo con todo mi corazón y propongo entregaros por completo la vida que me resta...

Oídmme, Eterno Padre, y por los merecimientos de Jesucristo concededme la santa perseverancia y vuestro santo amor. Oídmme, Jesús mío, por la Sangre que derramasteis por mí: *Te ergo quaesumus tuis fámulis súbveni, quos praetioso ságuine redemisti.*

¡Oh María!, Madre mía, vuelve a mí tus ojos misericordiosos: *Illos tuos misericordes óculos ad me converte;* y úneme enteramente a Dios.

CONSIDERACION 17

Abuso de la divina misericordia

Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?

¿No sabes que la benignidad de Dios te convida a penitencia?

Ro., 2, 4.

PUNTO 1

Refiérese en la parábola de la cizaña que, habiendo crecido en un campo esa mala hierba mezclada con el buen grano, querían los criados ir a arrancarla. Pero el amo les replicó: «Dejadla crecer: después la arrancaremos para echarla al fuego» (Mt., 13, 29, 30). Infiérese de esta parábola, por una parte, la paciencia de Dios para con los pecadores, y por otra, su rigor con los obstinados.

Dice San Agustín que el enemigo engaña de dos maneras a los hombres: «Con desesperación y con esperanza.» Cuando el pecador ha pecado ya, le mueve a desesperarse por el temor de la divina justicia; pero antes de pecar le anima a que caiga en tentación por la esperanza de la divina misericordia. Por eso el Santo nos amonesta diciendo: «Después del pecado ten esperanza en la misericordia; antes del pecado teme la divina justicia.» Y así es, en efecto. Porque no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la

utiliza para no temerle. El que ofende a la justicia—dice el Abulense—, puede acudir a la misericordia; mas el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?

Difícilmente se hallará un pecador tan desesperado que quiera expresamente condenarse. Los pecadores quieren pecar, mas sin perder la esperanza de salvación. Pecan, y dicen: Dios es la misma bondad; aunque ahora peque, yo me confesaré más adelante. Así piensan los pecadores, dice San Agustín (*Trac.*, 33, in *fn.*). Pero, ¡oh Dios mío!, así pensaron muchos que ya están condenados.

«No digas—exclama el Señor—la misericordia de Dios es grande: mis innumerables pecados, *con un acto de contrición* me serán perdonados» (*Ecl.*, 5, 6). No habléis así—nos dice el Señor—. ¿Y por qué? «Porque su ira está tan pronta como su misericordia; y su ira mira a los pecadores» (*Ecl.*, 5, 7).

La misericordia de Dios es infinita; pero los actos de ella, o sea los de conmiseración, son finitos. Dios es clemente, pero también justo. «Soy justo y misericordioso—dijo el Señor a Santa Brígida—, y los pecadores sólo atienden a la misericordia.» «Los pecadores—escribe San Basilio—no quieren ver más que la mitad.» «Bueno es el Señor; pero, además, es justo. No queramos considerar únicamente una mitad de Dios.»

Sufrir al que se sirve de la bondad de Dios para más ofenderle—decía el B. Avila—, antes fuera injusticia que misericordia. La clemencia fué ofrecida al que teme a Dios, no a quien abusa de ella. *Et misericordia ejus timentibus eum*, como exclamaba en su cántico la Virgen Santísima. A los obstinados los amansa la justicia, porque, como dice San Agustín, la veracidad de Dios respaldece aun en sus amenazas (1).

«Guardaos—dice San Juan Crisóstomo (2)—cuando el demonio (no Dios) os promete la divina misericordia con

(1) Qui verus est in promittendo, verus est in minando.

(2) Hom., 50, ad pop. Antioch.

el fin de que pequéis.» «¡Ay de aquel—añade San Agustín—que para pecar atiende a la esperanza!... (*In Sal.* 144). ¡A cuántos ha engañado y perdido esa vana ilusión!» (3). ¡Desdichado del que abusa de la piedad de Dios para ofenderle más!... Lucifer—como afirma San Bernardo—fué con tan asombrosa presteza castigado por Dios, porque al rebelarse esperaba que no recibiría castigo.

El rey Manasés pecó; convirtiéndose luego, y Dios le perdonó. Mas para Amón, su hijo, que, viendo cuán fácil había conseguido el perdón su padre, llevó mala vida con esperanza de ser también perdonado, no hubo misericordia. Por esa causa—dice San Juan Crisóstomo—se condenó Judas, porque se atrevió a pecar confiado en la benignidad de Jesucristo (4).

En suma: si Dios espera con paciencia, no espera siempre. Pues si el Señor siempre nos tolerase, nadie se condenaría; pero la opinión más común es que la mayor parte de los cristianos adultos se condena. «Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él» (*Mt.*, 7, 13).

Quien ofende a Dios, fiado en la esperanza de ser perdonado, «es un escarnecedor y no un penitente»—dice San Agustín—. Por otra parte, nos afirma San Pablo que «Dios no puede ser burlado» (*Ga.*, 6, 7). Y sería burlarse de Dios el ofenderle siempre que quisiéramos y luego ir a la gloria. Quien siembra pecados no ha de esperar otra cosa que el eterno castigo del infierno (*Gal.*, 6, 8).

La red con que el demonio arrastra a casi todos los cristianos que se condenan es, sin duda, ese engaño con que los seducía diciéndoles: Pecad libremente, que a pesar de todo ello os habéis de salvar. Mas el Señor maldice al que peca esperando perdón (5).

La esperanza después del pecado, cuando el pecador de veras se arrepiente, es grata a Dios; pero la de los obstinados le es abominable (*Jb.*, 11, 20). Semejante es-

(3) Dinumerari non possunt quantos haec inanisi spei umbra deceperit.

(4) Fidit in lenitate magistris.

(5) Maledictus homo qui peccat in spe.

peranza provoca el castigo de Dios, así como provocaría a ser castigado el siervo que ofendiese a su señor precisamente porque éste es bondadoso y amable.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Ah Dios mío! ¡Mirad cómo soy uno de los que os han ofendido porque érais bueno con ellos!... ¡Oh Señor!, esperadme aún. No me abandonéis todavía, que yo espero, con el auxilio de vuestra gracia, no provocaros más a que me dejéis.

Me arrepiento, ¡oh Bondad infinita!, de haberos ofendido y de haber tanto abusado de vuestra paciencia. Os doy gracias porque hasta ahora me habéis tolerado. Y de hoy en adelante no volveré a ser, como he sido, un miserable traidor. Ya que me habéis esperado para verme algún día convertido en fervoroso amante de vuestra bondad, creed, como yo espero, que ese dichoso día ha llegado ya. Os amo sobre todas las cosas; aprecio vuestra gracia más que a todos los reinos del mundo, y antes que perderla preferiría perder mil veces la vida.

Dios mío, por amor de Jesucristo, concededme, con vuestro santo amor, el don de la perseverancia hasta la muerte. No permitáis que de nuevo os haga traición ni deje de amaros.

Y Vos, Virgen María, en quien espero siempre, alcanzadme la perseverancia final, y nada más pido.

PUNTO 2

Dirá, quizá, alguno: «Puesto que Dios ha tenido para mí tanta clemencia en lo pasado, espero que la tendrá también en lo venidero.» Mas yo respondo: «Y por haber sido Dios tan misericordioso contigo, ¿quieres volver a ofenderle?» «¿De ese modo—dice San Pablo—desprecias la bondad y paciencia de Dios? ¿Ignoras que si el Señor te ha sufrido hasta ahora no ha sido para que si-